

## El delator

El delator se ha cruzado con su vigilado y le ha sonreído. Se conocen: viven uno en el bloque de abajo del otro y han coincidido alguna vez en uno de los comercios del barrio, en la parada del autobús, en el semáforo de la esquina. Ahora coinciden más porque el delator sigue al vigilado para darle información a un comando. El delator lleva unos días tomando de memoria notas que luego traslada a un papel. Quienes lo llamaron le dijeron que toda la información era importante. Él no es tonto y se figura que lo que más interesa son las repeticiones. Afortunadamente, dice, el hombre es un animal de costumbres y se encuentra cómodo y seguro en lo conocido.

El hombre con el que se ha cruzado sale todos los días a las siete y media de su casa para ir a trabajar. El delator ha notado que antes de poner el pie en la calle mira a ambos lados, como si buscara entre la gente una presencia extraña, alguien que no debería estar en aquel decorado, y ha notado que su mujer lo ve irse desde el balcón con un bebé en los brazos (su mujer tiene una tienda de moda y va más tarde a trabajar) y esa angustia trasnochada de novia despidiendo en el andén de la estación a un soldado que va al frente. El hombre con el que se ha cruzado es un español hijoputa que aparca cada día en un sitio y antes de subirse se agacha para mirar si le han colocado una bomba en los bajos del coche (si algo teme, algo deberá, piensa el delator). El vigilado entra a trabajar a las ocho y sale a las tres. Vuelve a su casa directamente. No se para a tomar una cerveza nunca, porque tiene miedo, el muy cagón. Por ese mismo miedo a ser ajusticiado por los verdugos del pueblo oprimido de un tiro en la nuca, sale poco por las tardes: apenas para ir a las sesiones de alguna comisión del Ayuntamiento, porque tuvo la poca vergüenza de presentarse a las elecciones y fue votado por unos pocos miles de inmigrantes de Castilla o de Galicia o, quizá, por unos ciudadanos vascos traidores a la patria tan hijoputas como él y a los que, como a él, cualquier día le llegará su San Martín.

El delator ha recogido bastante información como para que cualquier día un par de chicos de un comando operativo hagan lo que en tiempos de guerra se

hace con el enemigo: matarlo. Si hubiera tenido agallas para pertenecer a un comando, quizá lo hubiera hecho él mismo, pero al delator le da miedo la sangre y eso de pegar tiros en la nuca le resultaría insoportable. El delator es como uno de esos hombres modernos y con sentimientos que aunque no tengan escrúpulos para comerse un animal serían incapaces de matarlo. Por eso prefiere colaborar de otra forma en la liberación de la patria, y por eso, para demostrar que no es un cobarde ante los que están decididos a todo, también a matar, intenta cumplir con sumo detalle su labor, incluso con una dedicación exagerada, y se enorgullece más que nadie de su trabajo, y bebe más que nadie para celebrar los asesinatos, y brinda con más fiereza que nadie por los tiempos en que su gloriosa y bendita tierra esté libre de esa morralla asquerosa de los que no piensan como él. Cuando eso ocurra, quizá alguien lo saque en uno de esos libros de historia local que cantan las glorias de los héroes, aunque sea de refilón. Cuando eso ocurra, podrá contar a sus nietos su participación en la liberación de la patria y quizá alguien, ignorante de su cobardía, proponga su nombre para una calle de su pueblo.

Juan Bosco Castilla